

Pontificia Universidad Católica Argentina

Colación Central de Grados Académicos 2022

Para ser fiel a mí misma y honrar lo que me trajo aquí, como licenciada en música popular, estas palabras deberían ser musicales; espero, al menos, que encuentren resonancia en este auditorio.

¿Qué busca la Universidad y, a través de ella, la sociedad a la que pertenecemos, con este acto? Escuchamos dos palabras: *distinguir*, *premiar*. Palabras que acentúan distintos conceptos y sujetos.

La palabra “**premio**” remite a “recompensa”; hace referencia a algo merecido, conquistado. La palabra “**distinción**” remite a elevar algo sobre otras cosas; existe un atributo que *hace a la esencia* y distingue una cosa de otra. Con esta palabra podemos acentuar aquello que se distingue por sobre el sujeto distinguido: se es distinguido *por algo*.

Cada uno podrá elegir la palabra que más lo identifique, o tal vez las dos. Hoy, aquí, en este auditorio, me encuentro frente a *ganadores de un premio* merecido, obtenido justamente, con esfuerzo, trabajo duro, renuncias y sacrificios, mucho tiempo invertido. Me encuentro también frente a *personas distinguidas* por su compromiso, por su búsqueda de excelencia, por haber alcanzado la meta de todo universitario de una manera que, académicamente, merece ser reconocida y destacada.

Pero hay una pregunta que seguramente sea más importante que entender el motivo de una premiación académica. Es simple, y apunta a lo hondo: **¿qué significa para vos esta distinción?** Ojalá muchos de nosotros ya nos hayamos hecho esta pregunta.

Naturalmente, yo misma me la hice y dejé que resonara en mí. **¿Qué significa para mí esta distinción?** A su vez, fue despertando otras preguntas: ¿por qué me gustaría ser distinguida? ¿cuál sería la distinción más importante que podría recibir? ¿qué reluce de mi persona con esta distinción? ¿es esto un premio para mí? ¿a quién pertenece verdaderamente esta medalla?

Estas preguntas me fueron depositando frente al **misterio del DON**, del regalo:

El DON, el regalo de la tierra en la que fui sembrada; tierra que no elegí, pero que era la mejor para mí: mis padres, mi familia, el contexto en el que crecí con tanto amor, sin que nada me faltara, con tantas posibilidades para enfrentar la vida, con todo para crecer y desarrollarme.

El DON, el regalo del Padre y Fundador de Schoenstatt, de mi comunidad: el Padre José Kentenich, que está presente en todo lo que hago y vivo, y que me enseñó a aspirar cada día a hacer lo ordinario extraordinariamente bien, con el máximo amor, a imagen de María y en alianza con Ella.

El DON, el regalo de mi comunidad, las Hermanas de María de Schoenstatt, mi familia, en donde encuentro cada día mi camino de plenitud, haga lo que haga; en donde se hundieron mis raíces y donde florezco, en donde resuena la música de toda mi persona porque encuentro mi vocación. Este camino de 5 años de estudio fue hecho en comunidad, sobrellevando sacrificios, renuncias y alegrías. Esta familia me acompañó en todo, me brindó apoyo permanente, y más de lo que necesitaba.

El DON, el regalo de haber podido estudiar en esta prestigiosa Universidad, en la que también se espejan mis valores, sostenida en los cimientos de la fe que es fuente de mi consagración de vida. El regalo de una beca durante toda la carrera, que recibí con total generosidad y desinterés.

El DON, el regalo de mi querida Facultad de Música, una perla preciosa de esta Universidad, que me permitió profundizar en la alegría de la Belleza y que posibilitó que se acrecentara mi saber y mi amor a través de la música. El don de tantas personas queridas, valiosas, que la Providencia fue poniendo en mi camino: profesores, compañeros, colegas, amigos.

Entonces, para mí: ¿es esta distinción un premio merecido? La respuesta la encuentro en que TODO ES DON, y nosotros estamos llamados a responder a ese don haciéndonos nosotros mismos **don para muchos**. Si todo es don, entonces no puedo más que repetir las palabras del Evangelio de Lucas: *“somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer”*¹; entonces, ahora nosotros devolvemos “el premio” a tantas manos que lo merecen, que nos prepararon el camino y nos posibilitaron entregarnos por entero a lo que nos gusta. Manos que son transparentes de las de Aquel que entreteje los hilos de nuestra vida. Que esas manos reciban hoy este premio.

Por otro lado, recibo esta distinción porque también me representa: representa algo de mi personalidad, parte de lo que soy; sobre todo, la pasión que me compromete en todo lo que emprendo. Seguramente, esta sea una característica en común con muchos de los que estamos acá. Los mejores resultados llegan cuando se compromete toda la persona, precisamente **porque nos hacemos don**. Tengo que reconocer que me fue bien en mi estudio y eso se debe, ante todo, a que lo disfruté muchísimo, lo aproveché al máximo; esto sacó de mí la mejor música.

También recibo esta distinción como símbolo de las luchas en mi **vulnerabilidad**. La pandemia fue una realidad en los últimos años de cursada. Personalmente, me tocó combinar mi estudio con mi trabajo en una Institución de salud, precisamente en momentos tan críticos. Me planteé seriamente la posibilidad de poner una pausa a mi estudio o terminarlo antes de tiempo para invertir todas mis fuerzas exclusivamente al servicio de la misión del sanatorio en medio de tanta incertidumbre. Mis composiciones, mis trabajos creativos se fueron inspirando en las realidades que acompañábamos y que podrán imaginar. Fui descubriendo esa frecuencia en la que resonaba todo, y fui dejándome ordenar, conducir, aquietar, aprendiendo a aprender, priorizando y ofreciendo. La fidelidad vence.

Mi conclusión, entonces, es que: **sí, recibimos un premio y una distinción que, en realidad, no nos pertenece**, pero que nos representa en la gratitud, la fidelidad, el compromiso, la pasión y la alegría del don que queremos ser nosotros mismos.

Si esta premiación o distinción es un símbolo de que **todo es don**, entonces aprendo de María, nuestra Madre -mi gran educadora y maestra-, a cantar un Magnificat, y estas palabras se transforman en pura gratitud y alabanza.

No tengo dudas de que la distinción más importante que espero y anhelo no la voy a recibir en este mundo: más que una medalla, un diploma o un premio, nos espera una corona en el cielo, un abrazo que recogerá el misterio del don que estamos invitados a vivir plenamente en esta tierra. ¡Hagámonos don para muchos!

Hna. M. Lucila Rušas
(Denise Rusas – Legajo: 08-170039)

¹ Lc 17, 10.